De religión y política
en el siglo xx mexicano.

BCSnosUNE
Gobierno de Baja California Sur

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA

Archivo Histórico Pablo L. Martínez
Baja California Sur

Alfonso Guillén Vicente

De religión y política en el siglo xx mexicano.

Gobierno del Estado de Baja California Sur
Secretaría de Cultura
Instituto Sudcaliforniano de Cultura
Archivo Histórico Pablo L. Martínez

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

Prof. Víctor Manuel Castro Cosío
Gobernador del Estado de Baja California Sur

José Saúl González Núñez
Secretario General de Gobierno

Mtra. Alicia Meza Osuna
Secretaria de Educación Pública de Baja California Sur

INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA

Lic. Víctor Hugo Caballero Gutiérrez
Director General del Instituto Sudcalifornianо de Cultura

José Ángel García Borrego
Subdirector General del Instituto Sudcalifornianо de Cultura

ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

M. en C. Alejandro Telechea Cienfuegos
Director del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Lic. Rocío Mendoza García
Coordinadora del Área Editorial del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Segunda Edición (Versión Actualizada) 2025
D.R. © 2025 Alfonso Guillén Vicente
D.R. © 2025 Instituto Sudcalifornianо de Cultura

Archivo Histórico Pablo L. Martínez
Altamirano e/Navarro y Legaspi, Zona Centro,
C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN: EN PROCESO

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magnetofónica, u otra, sin permiso escrito del autor y del Archivo Histórico Pablo L. Martínez.

Formato Digital

PARA LA FAMILIA GUILLÉN VELASCO

VOTO DE AGRADECIMIENTO
A LA MTRA. ELIZABETH ACOSTA MENDÍA

VOTO DE AGRADECIMIENTO
A LA LIC. ROCÍO MENDOZA GARCÍA

PRESENTACIÓN

La religión y el poder han sido como dos columnas vertebrales de la historia de México, probablemente desde tiempos prehispánicos. Sin duda, fueron los dos pilares de la vida en la época virreinal, y siguieron siéndolo en el tumultuoso siglo XIX y en los vaivenes del XX. Estos son los dos ejes que estudia Alfonso Guillén Vicente en su libro. Obra notable por varios motivos, pero sobre todo por virar la atención de los aspectos económicos, incidentales, anecdóticos, incluso biográficos de nuestra historia para centrarse en lo estructural. Y lo estructural, como una corriente profunda que recorre nuestra historia, es el juego complejo, la continua tensión, la conflictiva tensión, a veces la creativa tensión entre la fe y el poder.

Después de la Revolución mexicana, que en este sentido fue un eco de la Reforma), sobrevino la Guerra Cristera. Estamos acostumbrados a verla como un episodio que duró solo tres años. Es inexacto. Las reverberaciones posteriores de la Guerra Cristera la seguimos viviendo hasta el día de hoy. Esas corrientes subterráneas formadas por el profundo catolicismo mexicano y la iglesia y su relación con el poder en México es el tema de Guillén Vicente.

Un mérito mayor de su obra ha sido incluir un tema fundamental: la inspiración católica de la izquierda mexicana y su deriva a una salida política violenta, revolucionaria y guerrillera.

Guillén Alfonso Vicente ha contribuido a descubrir la historia y la intrahistoria teológica-política de México. Bienvenida su obra.

Dr. Enrique Krauze

Contenido

PREFACIO 09

1. EL PRESIDENTE LERDO DE TEJADA FRENTE A LA RELIGIÓN. SU OPCIÓN POR LA ÉTICA PROTESTANTE Y EL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO. 16

2. LOS CATÓLICOS JALISCIENSES FRENTE A VILLISTAS Y CARRANCISTAS. ENERO-FEBRERO 1915. 21

3. VENUSTIANO CARRANZA, LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y LA CUESTIÓN RELIGIOSA. 27

4. LA OPOSICIÓN CATÓLICA EN LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1924. 31

5. LOS GENERALES EN SU LABERINTO. CALLES Y OBREGÓN EN LA GUERRA CRISTERA. 36

6. EL PRESIDENTE INTERINO EMILIO PORTES GIL Y SU POSICIÓN FRENTE A LA IGLESIA CATÓLICA. 42

7. ¿ERA EVITABLE LA GUERRA CRISTERA? 45

8. RISPIDEZ EN LAS RELACIONES ESTADO-IGLESIA.
EL CASO DE LOS MISIONEROS COMBONIANOS
ITALIANOS EN EL TERRITORIO SUR BAJACALIFORNIANO.
(1962-1963). 48

9. LOS CATÓLICOS Y LA IZQUIERDA
LATINOAMERICANA EN LA DÉCADA
DE LOS SETENTA. 53

10. EL PAN Y SUS ENCRUCIJADAS.
PRIMERA PARTE 62

11. EL PAN Y SUS ENCRUCIJADAS.
SEGUNDA PARTE 68

PREFACIO

Reconocemos que estamos frente a un binomio difícil de abordar desde una perspectiva académica: la religión y la política; la política y la religión. Sobre todo, si miramos la historia de México y la no siempre venturosa actuación de los creyentes, sean católicos o evangélicos.

En el caso de los segundos, con el Partido Encuentro Social, digamos que apenas retoman su peregrinar por el pantanoso terreno de la política mexicana. Ellos harán, en su momento, el balance de su actuación, de sus triunfos y de sus fracasos.

Los católicos mexicanos, en cambio, ya tienen un largo caminar, desde principios del siglo veinte. De esto trata esta obra. De iluminar, en la medida de lo posible, los claroscuros de su participación política, la cívica y la armada, para que al final, cada cual tome lo que le atraiga y deje a un lado lo que le repele.

La visita del papa Francisco a nuestro país, nos trajo el planteamiento que hizo a fines de abril de 2015 en una audiencia con los miembros de la Comunidad de Vida Cristiana (Excélsior, diario, 30/IV/15): “¿Un católico puede hacer política? ¡Debe! Pero, ¿un católico puede involucrarse en política? ¡Debe!”.

Ha sido, sin embargo, muy claro al afirmar que “un partido sólo de católicos no sirve y no tendrá capacidad de convocatoria porque hará aquello para lo cual no ha sido llamado”.

Hace más de un siglo (1911-1914) existió un partido católico en México: el Partido Católico Nacional. Y terminó apoyando al usurpador Victoriano Huerta. Entonces enredó a los creyentes en un enfrentamiento con los revolucionarios carrancistas que costó el martirio de varios sacerdotes y laicos, como el del padre Galván en Guadalajara a finales de enero de 1915.

Posteriormente, resultó muy significativa la experiencia organizativa y pacífica de la Unión Popular de Jalisco, a principios de la década de los veinte del siglo pasado, pero fue arrastrada, junto con su líder, Anacleto González Flores, a la guerra cristera.

En términos de la república, de hecho, la Cristiada significó un rompimiento del Pacto Federal al enfrentar a los habitantes del Bajío con los veracruzanos y tabasqueños, encabezados por los gobernadores callistas Adalberto Tejeda y Tomás Garrido Canabal.

El conflicto religioso de 1926-1929, y su secuela de los años treinta, motivaron a los católicos inconformes a formar organizaciones secretas como Legión (o Legiones) y la Base.

Algunos de los militantes de estos grupos participarían abiertamente en la política mexicana a través del Partido Acción Nacional y la Unión Nacional Sinarquista y sus distintos brazos electorales.

Pero nacidos como reacción al cardenismo, y constituidos frente a las organizaciones obreras y campesinas que apoyaban al régimen, tendieron a ubicar a los católicos a la derecha del espectro político mexicano.

El modus vivendi que Roberto Blancarte[1] ha definido como “el acuerdo oficioso establecido entre Estado e Iglesia entre 1938 y 1950” canalizó la participación política de los católicos por la vía electoral. Y aunque siguieron existiendo organizaciones secretas, fueron cada vez más combatidas por la jerarquía eclesiástica.

[1] Historia de la Iglesia católica en México, 1929-1982, México: Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 21

El Concilio Vaticano II (a partir de 1962) trajo como resultado lo que el propio Blancarte ha llamado “la total recuperación de la cuestión social y, en el caso mexicano, el inevitable regreso de la Iglesia a las cuestiones públicas”.[2] Entonces, algunos católicos, por su orientación ideológica inevitablemente ligada a su posición frente a los vientos conciliares, decidieron fortalecer otro tipo de organizaciones. Tal fue el caso del Yunque, el MURO y Los Tecos, en el caso de la derecha; o el Secretariado Social Mexicano y el Centro de Comunicación Social (Cencos) para la izquierda.

Todavía hace treinta años los estudiosos de los partidos y los movimientos sociales en México, como Octavio Rodríguez Araujo, definían a Acción Nacional como el partido “natural” de los católicos de clase media.[3] Para el caso poblano y también para mediados de los ochenta, Elsa Patiño Tovar ha precisado que el sector empresarial y el PAN “siendo ambos de inclinación católica no es raro ni que encuentren múltiples coincidencias ni tampoco que tengan entendimiento con la Iglesia”.[4]

Por el lado de la izquierda, Rodríguez Araujo ha señalado en su libro: La reforma política y los partidos en México (Siglo XXI editores, 1991, 11ª edición) que en el Comité Nacional de Auscultación y Coordinación (CNAC), que se formó en noviembre de 1971, y del que nacerían el Partido Mexicano de los Trabajadores y el Partido Socialista de los

[2] Ibidem
[3] Varios autores, Religión y política en México, México: Siglo XXI Editores, 1985.
[4] Los movimientos sociales en Puebla, Tomo I, Puebla: DIAU-ICUAP, Universidad Autónoma de Puebla, 1986

Trabajadores (cuyos militantes dirigirían después al PRD), participaron inicialmente organizaciones con presencia católica como el Frente Auténtico del Trabajo.

Cuando el Partido Comunista Mexicano se aprestaba a participar electoralmente a raíz de la Reforma Política de 1977, todavía se podían presenciar fructíferos intercambios de ideas entre comunistas y católicos progresistas. Y sabemos que en la formación del Partido de la Revolución Democrática participaron católicos progresistas, que a lo mejor se diluyeron en las luchas entre las “tribus” o en las agendas establecidas por ese partido para responder a sus clientelas liberales de la Ciudad de México, impuestas a las regiones gobernadas por perredistas.

La salida del PAN de algunos de sus ideólogos más destacados, como Efraín González Morfín, identificados con la doctrina social de la Iglesia, se sumó a las victorias que comenzó a conseguir el blanquiazul en algunos estados y ciudades importantes, para que su dirigencia y los abanderados de ese partido dejaran a un lado sus principios de doctrina y se vieran rebasados por el oportunismo y la corrupción, particularmente a partir de que arribaran a la presidencia de la República.

Así, el divorcio entre los partidos y la sociedad mexicana trajo consigo, necesariamente, la pérdida de identidad de los católicos con aquellas organizaciones políticas que alguna vez se reclamaron depositarios del pensamiento social de la Iglesia, o la ruptura del diálogo con los partidos de izquierda que dicen luchar por aquellos que son la opción preferencial del catolicismo.

En su artículo del diario La Jornada del 4 de febrero de 2016, Octavio Rodríguez Araujo ha definido bien el problema central que nos ocupa. “Estos (los partidos), por su lado, incluso en el PAN y no sólo en las organizaciones de izquierda, se fueron separando cada vez más de sus bases militantes… e iniciaron arreglos con las élites burocráticas de la administración pública y el Congreso de la Unión hegemonizado por el PRI”. En suma, ha subrayado el mismo académico especialista en partidos políticos, que “al igual que en otros muchos países los partidos fueron abandonando poco a poco sus identidades propias… y a competir por cargos públicos y no más por proyectos ideológico-políticos”.

El autor quiere reconocer y agradecer al doctor Jorge Alberto González Galván, del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, editor de la revista electrónica Hechos y Derechos, la generosa apertura de su esfuerzo editorial para recoger las primeras versiones de estos ensayos. La laicidad de la Máxima Casa de Estudios de nuestro país no ha significado, entonces, una reducción del alcance de la academia;

antes bien, el prestigiado académico González Galván ha comprendido cabalmente la universalidad del pensamiento y la diversidad de puntos de vista que debe caracterizar a una verdadera Universidad, aun aquéllos que parecieran salirse, por su filiación, del estudio serio de los fenómenos sociales, jurídicos y políticos de la República.

Se agradece también, las tareas de Daniela Fernanda Güereña Piña y Katia Martínez Ortiz, de la licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública de la Universidad Autónoma de Baja California Sur, en la revisión del material de esta obra.

Alfonso Guillén Vicente

1.- EL PRESIDENTE LERDO DE TEJADA FRENTE A LA RELIGIÓN. SU OPCIÓN POR LA ÉTICA PROTESTANTE Y EL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO.

Sebastián Lerdo de Tejada es, sin duda, uno de los liberales más destacados y su presidencia una de las más cuestionadas.

Educado por los jesuitas, muy cercano a la religión de joven, fue visto por los grupos afines a los católicos como un político que resolvería los conflictos entre la Iglesia y el Estado mexicano a favor de la primera. "Era irónico, porque Lerdo sería uno de los presidentes más jacobinos en la historia de la República".[5]

Diversos estudiosos del siglo diecinueve mexicanos han reconocido su destacado papel como ministro juarista, al grado de otorgarle el calificativo de eminencia gris de Don Benito. Dotado de una gran inteligencia, según Carlos Tello Díaz "una de las más notables del país", sus enemigos le reconocían también su valía como orador. Muchos de los éxitos del gobierno de Juárez en su relación con el Congreso de la Unión y los estados de la república se pueden anotar en su cuaderno.

Entre sus aciertos, su biógrafo Frank Knapp pone de relieve su defensa férrea del territorio nacional frente a los intentos de los norteamericanos por extender su territorio y quiere que no olvidemos que fue él quien inauguró el ferrocarril de la Ciudad de México a Veracruz el primero de enero de 1873, el arranque del desarrollo ferroviario que muchos abonan, de manera exclusiva, a Don Porfirio.

[5] Carlos Tello Díaz, *Porfirio Díaz. Su vida y su tiempo, La Ambición, 1867-1884,* **Debate,** 2019. P.165.

Dos conflictos se le atravesaron en su gestión presidencial (1872-1876): la rebelión del líder indígena Lozada en Nayarit, y el problema religioso que en Michoacán alcanzó el grado de levantamiento armado, el que a la postre se sumaría a la coalición de caudillos regionales que encabezara Porfirio Díaz con el Plan de Tuxtepec en 1876.

No sabemos si su proverbial soberbia le impidió ver que la avara amnistía que se otorgó a los caudillos regionales porfiristas que se habían inconformado con la rebelión de La Noria en 1871 crearía un polo opositor armado que frustraría su reelección, pero podemos asegurar que su gobierno se fue quedando solo, contra los liberales porfiristas y también contra los católicos. Sus partidarios iniciales también se voltearon contra él porque no los quiso incorporar a su gabinete.

Lerdo quiso aprovechar la popularidad que tenía a principios de 1873, luego de la puesta en marcha de la línea ferroviaria al puerto jarocho, para decretar la expulsión de los jesuitas, acusándolos de “extranjeros perniciosos”, de conformidad con el artículo 33 constitucional, el 23 de mayo de ese año, luego de promover el apoyo del Congreso. Los presbíteros de la Compañía de Jesús se ampararon contra la medida presidencial y obtuvieron la protección de la justicia federal el 26 de julio con el juez primero de Distrito. Sin embargo, el Pleno de la Suprema Corte de Justicia revirtió esa decisión el 19 de agosto, y tuvieron que dejar el país los señores Esteban Anticoli, Eduardo Sánchez, Pablo

Greco, Gabriel Toelen, Kiliano Coll, José María Bordas, Vicente Manci, Vitaliano Lilla, Tomás Mac Crealy, José Anzorcua e Ignacio Velasco.[6]
La medida contra los jesuitas coincidió, según Carlos Tello, con la recepción que Lerdo de Tejada le hizo, en Palacio Nacional, a "un grupo de misioneros (protestantes) de los Estados Unidos, a los que les dio la bienvenida para residir y trabajar en el país".[7]

Pero a principios de 1875, la balanza ya no era favorable a don Sebastián. "La expulsión de las hermanas de la Caridad -escribió Tello Díaz- que zarparon esas fechas a bordo del *Lousiane*, acabó de envenenar las relaciones (de la Iglesia) con el presidente Lerdo."[8]
El odio a la Iglesia de Lerdo de Tejada no está, pensamos, en algún episodio juvenil o en algún tropiezo en su rectorado en el Colegio de San Ildefonso. Se encuentra, tal vez, en la creencia de que el país que pretendían fundar los liberales debería ser un lugar de emprendedores, con mística calvinista, imposible de crear con la presencia de los curas y monjas católicos.

Lo que tal vez con Juárez iba a tardar más, porque don Benito medía más la correlación de fuerzas, Lerdo de Tejada pensó que lo tenía a tiro de piedra: una nación de pequeños propietarios con mentalidad capitalista, sin lastres que la retrasaran.

[6] Lucio Cabrera Acevedo, *La Suprema Corte de Justicia en la República Restaurada,* **Poder Judicial de la Federación,** 1989, p.233.
[7] Carlos Tello, ya citado, p.170.
[8] Ibidem.p.193.

Por eso su ofensiva anticatólica fue de la mano con el acercamiento a misioneros protestantes norteamericanos, aquellos que podían cambiar el modo de pensar del pueblo mexicano con una mística diferente, la que pudiera permitir una lógica de acumulación moderna. No por nada el biógrafo de Lerdo, el estadounidense Knapp, afirmó que el presidente en cuestión tuvo "probablemente el régimen más tolerante y liberal que México haya conocido"[9]

¿En qué se sustentaba Lerdo de Tejada para creer que su apuesta a favor del protestantismo le iba a permitir llevar a cabo la transformación de México en un sentido capitalista?

A principios del siglo veinte, tres décadas después del experimento de Sebastián Lerdo, Max Weber, el sociólogo e historiador alemán, publicó su famoso texto: *La Ética protestante y el espíritu del Capitalismo,* donde planteó el papel del pensamiento calvinista en la formación de la mentalidad de los hombres para que se dedicaran a las actividades empresariales como parte de su compromiso espiritual, como la mejor manera de acercarse a su religión. Y fue la doctrina de Juan Calvino la que los ingleses trajeron a América cuando fundaron lo que sería la Unión Americana.

Seguramente para el presidente Lerdo no era ajeno ese pensamiento, así como las corrientes ideológicas europeas tan preciadas para los liberales mexicanos, versados en varios idiomas. Podría decirse entonces que don Sebastián fue quien mejor comprendió en México, la

[9] Ulises Iñiguez Mendoza, **Tzintzun**, *Revista de Estudios Históricos, 62,* Julio-diciembre 2015

relación entre la ética protestante y el desarrollo del capitalismo, y no lo dudamos por la gran inteligencia de la que estaba dotado.

En la obra mencionada de Max Weber (Alianza Editorial, El libro de bolsillo, Sociología) el traductor Joaquín Abellán apunta, en su “estudio preliminar”, que el trabajo del afamado científico social alemán surgió de su viaje a los Estados Unidos de América en el segundo semestre de 1904, donde le impresionó el papel que tenían ya las sectas protestantes en la sociedad norteamericana.

Un discípulo suyo había probado, con datos estadísticos, que en un país con población protestante y católica los protestantes ocupan un nivel más alto en la dirección de las empresas y en la acumulación de capital, Y no se trataba, según Weber, únicamente de constatar diferencias patrimoniales, sino de comprobar una actitud diferente ante la técnica y ante las profesiones. De tal modo que observó que los católicos eligen una educación más humanista; mientras que los protestantes se inclinan por la técnica.

Quizás el criollo liberal Sebastián Lerdo de Tejada creyó que él podría ver más claramente que sus correligionarios, el camino por el que México podría transitar para convertirse en un país tan grande y próspero como su vecino del norte.

2. LOS CATÓLICOS JALISCIENSES FRENTE A VILLISTAS Y CARRANCISTAS. ENERO-FEBRERO 1915.

Alfonso Guillén Vicente[10]

Puede tomarse como punto de origen de la pugna entre los revolucionarios y los católicos la Constitución de 1917, y explicar a partir de ahí la Cristiada de 1926 a 1929, y la llamada La Segunda, que empezó en 1931, con la presión de los callistas sobre el presidente Ortiz Rubio y las experiencias de Garrido Canabal en Tabasco y Adalberto Tejeda en Veracruz, y acabó en 1938, con Lázaro Cárdenas del Río en la primera magistratura del país.

O bien, podemos ir hasta la actuación del Partido Católico Nacional frente al usurpador Victoriano Huerta, una alianza que derivó en la animadversión de los constitucionalistas contra todo lo que tuviera que ver con la Iglesia Católica.

Fundado el cinco de mayo de 1911, una veintena de días antes de la renuncia de Porfirio Díaz, el Partido Católico Nacional tomó más impulso por su apoyo a Francisco I. Madero, aunque no secundó la candidatura de Pino Suárez a la vicepresidencia de la República. Francisco Barbosa Guzmán, en su ensayo “Católicos y Revolución Mexicana"[11], afirma que

[10] Profesor-Investigador de la Universidad Autónoma de Baja California Sur. Este trabajo fue presentado inicialmente en la asignatura a cargo del Doctor Octavio Rodríguez Araujo, en el programa del Doctorado en Ciencia Política en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM en 1981.

[11] En el libro **Jornada Académica: Iglesia-Revolución,** Departamento de Estudios Históricos de la Arquidiócesis de Guadalajara, 2010, p. 113.

la aceptación de Madero como candidato presidencial del Partido Católico Nacional no fue cosa fácil: las opiniones estaban divididas…Al cabo, los promotores de Madero obtuvieron la victoria…daban así una muestra de tolerancia al proponer a un individuo espiritista, no católico… A los sorprendidos por la determinación les recordaron el criterio católico: si no existe un candidato católico con serias posibilidades de triunfo, adoptar el menos indigno".

Este criterio se despegaba de las posiciones integristas de la Iglesia Católica. La nueva posición venía desde el papado de León XIII y en España se le conocía como la "hipótesis del mal menor", impulsada por el Superior General jesuita en el seno de la Compañía de Jesús en España.[12]

En los comicios locales de 1912, esta organización política obtuvo sonados triunfos en Jalisco y Zacatecas.

En la entidad jalisciense, los diputados católicos, que eran mayoría en la legislatura local, impulsaron una ley agraria conocida como "El bien de familia", que proponía un reparto en extensiones de 500 acres que comprendían la casa familiar y tierra laborable inembargable, inalienable e indivisible. También, los representantes populares del Partido Católico Nacional aprobaron el funcionamiento en tierras tapatías de las denominadas "Cajas Rurales Reiffeisen", las cooperativas financieras rurales planteadas en el Congreso Católico de

[12] Feliciano Montero, "El peso del integrismo en la Iglesia y el catolicismo español del siglo XX", **Mélanges de la Casa de Velázquez"**, (26), 44-1, 2014,

1903. No menos significativa fue la implantación de la representación proporcional que apoyó este partido en Jalisco[13].

El golpe de Estado huertista vino a representar al principio un callejón sin salida para el Partido Católico Nacional, pues si bien condenó la destitución y el asesinato del presidente Madero, se dejó llevar por su rechazo a la intervención del mandatario estadounidense Wilson en la política mexicana, cuando este último exigió que Victoriano Huerta dejara el cargo de inmediato y no se presentara como candidato en las nuevas elecciones[14].

Y ya enredado con el usurpador, el Partido Católico Nacional postuló, en octubre de 1913, al Canciller huertista, Federico Gamboa, como su candidato presidencial. Gamboa, quien se había hecho cargo de la Secretaría de Relaciones Exteriores a principios de agosto de ese año, se distinguió por reclamarle al agente confidencial del presidente norteamericano el apoyo de los buques del vecino país a las acciones del Ejército Constitucionalista. Aun así, su candidatura no era mal vista por los diplomáticos estadounidenses acreditados en nuestro país.[15]
Para que no hubiera dudas de la apuesta de los católicos, el mismo día de la jornada electoral de octubre de 1913, y ante la evidencia de sus graves fallas y ausencias, varios de los candidatos presidenciales, entre ellos Federico Gamboa, se reunieron con Victoriano Huerta y le dieron su aval para que siguiera en el gobierno.

[13] Guillén Vicente, Alfonso. "El Partido Católico Nacional. 1911-1914", en *Sociales y Humanidades,* revista del Área Interdisciplinaria de Ciencias Sociales y Humanidades de la UABCS, 2º. Semestre 1990, p.38.
[14] Berta Ulloa, *La Revolución Intervenida,* El Colegio de México, 1978.
[15] *Ibidem.*

Guadalajara fue uno de los centros del catolicismo que resintió la respuesta de los constitucionalistas a la decisión del PCN de apoyar al usurpador. En la obra del Pbro. Rafael Haro sobre *El Padre Galván* (Guadalajara, 1977) se señala con claridad cómo recibió la población católica la ofensiva del Ejército que encabezaba Don Venustiano Carranza: “La Prensa traía noticias de los salvajes atropellos que los revolucionarios venían haciendo en contra de los sacerdotes, obispos y religiosas y por eso se pensó en organizar una gran manifestación de rogativa y desagravio”.

La manifestación de protesta se programó para el 11 de enero de 1914 y fue autorizada en principio por el gobernador del estado de Jalisco, José López Portillo, quien había llegado al cargo con el apoyo del Partido Católico Nacional. Sin embargo, el mandatario estatal se retractó y quiso impedirla, en vano.

Precisa el propio Pbro. Haro Llamas en su texto que “ocurrieron algunos incidentes durante la manifestación. La Policía Montada quiso disolverla; en algunas boca- calles colocaron ametralladoras con el fin de amedrentar a la multitud; pero nada detuvo aquel inmenso mar humano de manifestantes que enronquecían gritando vivas a Cristo Rey, a la Iglesia, al Papa, a México”.

A principios de 1915, en pleno enfrentamiento entre los villistas y los carrancistas, la llamada lucha de facciones posterior a la caída del usurpador Victoriano Huerta, las tropas villistas intentaron tomar Guadalajara, en el denominado “albazo de Medina” en el norte de la

capital tapatía, para golpear a las tropas de don Venustiano Carranza, derivó en hechos sangrientos que llevaron a muchos heridos y moribundos a apostarse en el Jardín Botánico situado frente al Antiguo Hospital Civil de Guadalajara, el legendario Real Hospital de San Miguel de Belén fundado por Fray Antonio Alcalde. Ahí, la captura y el posterior asesinato del presbítero David Galván por un militar carrancista en las paredes del cementerio anexo al nosocomio, cuando brindaba los últimos auxilios a los revolucionarios que se encontraban graves, representó un episodio más en el desencuentro entre los católicos y los constitucionalistas, precedente del conflicto cristero de 1926-1929.[16]

Empezaba así la serie de fuertes desencuentros entre católicos y revolucionarios en Jalisco y otras entidades del Occidente del país. Ya con la Constitución de 1917, el gobernador designado por don Venustiano para Jalisco, Manuel M. Diéguez, endureció las leyes contra los católicos; y éstos respondieron con un boicot económico muy eficaz en 1918, el cual consistía –según García Galiano- en "dejar de pagar las contribuciones y servicios como la luz, y consumir sólo lo indispensable".

Un cuarto de siglo duró, con sus altas y bajas, el enfrentamiento entre los gobiernos surgidos de la Revolución Mexicana y los católicos. Y fue Lázaro Cárdenas del Río, desde la Presidencia de la República, quien operó un cambio de política. El viraje se debió al gran desgaste que había producido, en la relación entre el gobierno y la sociedad

[16] Agradezco a Monseñor Ramiro Vázquez y a los laicos de la parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Guadalajara la información para reconstruir este acontecimiento.

mexicana, la campaña anticlerical en el Maximato incluida la denominada *Educación Socialista*, y al surgimiento de organizaciones católicas que operaban en la clandestinidad, como la denominada Base, de donde surgiría en 1937, una organización integrista, la Unión Nacional Sinarquista.[17] Entre los católicos del mundo también cambiaban los vientos porque tomaron fuerza los partidarios de una acción más acorde con "una fuerte implicación en el amplio conjunto de políticas sociales".[18] Y nació Acción Nacional en 1939,, el partido que algunos de sus miembros ligaron con la Democracia Cristiana.

En agosto de 1938, como bien apunta Jean Meyer en otra de sus obras, "las iglesias estaban abiertas y los sacerdotes autorizados a celebrar en todo México, excepto en Tabasco, y, como para cerrar este periodo, el arzobispo de Morelia condenó por última vez a los católicos armados… Esta evolución llegó a su término cuando el candidato oficial a la presidencia general Manuel Ávila Camacho, pronunció su famoso discurso: "Yo soy creyente".[19]

[17] Jean Meyer, *El Sinarquismo: ¿un fascismo mexicano?*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, México, 1979.
[18] Feliciano Montero, "El peso del integrismo en la Iglesia y el catolicismo español", ya citado (44).
[19] Jean Meyer, *La Cristiada,* Volumen I, "La Guerra de los Cristeros", Siglo XXI Editores, México, 1974, 3ª. Edición, pp. 364 y 365.

3. VENUSTIANO CARRANZA, LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y LA CUESTIÓN RELIGIOSA.

Uno de los temas más debatidos por el Congreso Constituyente de 1916-1917 fue la cuestión religiosa, asunto que el gobierno Constitucionalista reconoció que se había polarizado a raíz de las diferencias surgidas entre la Iglesia Católica y los grupos revolucionarios, donde mucho tuvo que ver el apoyo del Partido Católico Nacional al usurpador Victoriano Huerta.

José Luis Soberanes Fernández, del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional, ha publicado en la Revista Mexicana de Derecho Constitucional, *Cuestiones Constitucionales*, correspondiente al semestre enero-junio de 2017, un interesante artículo titulado: “El anticlericalismo en el Congreso Constituyente de 1916-1917”. En dicho ensayo, Soberanes destaca la importante aportación de los diputados que elaboraron la Carta Magna mexicana al controvertido tratamiento del fenómeno religioso en nuestro país.

En este trabajo, el investigador universitario hace una detallada descripción del debate sobre los artículos 3º, 24 y 130, a partir de la participación de las dos facciones en que se dividió el Constituyente de Querétaro: los *renovadores*, que apoyaban el proyecto presentado por Venustiano Carranza, y los radicales o *jacobinos,* liberales en su mayoría masones. Los legisladores se enfrascaron en discusiones no necesariamente puntuales –como bien lo apunta Soberanes

Fernández- pero que al final resultaron reveladoras de la intención de ambos grupos.

Respecto al artículo tercero, por ejemplo, los jacobinos pretendieron que la enseñanza que se impartiera en la República fuera la llamada "racional", más allá de la puramente laica porque según ellos se trataba de combatir a rajatabla los valores de la religión católica. Y no se quedaron conformes con el señalamiento de que ninguna corporación religiosa o ningún ministro de culto pudiera establecer o dirigir escuelas puesto que exigieron que sacerdotes y monjas no pudieran estar frente a grupo escolar.

Existe la idea de que el ala radical o *jacobina* impuso su proyecto constitucional sobre el que sostenía el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Si bien esto pudo ser cierto en el caso del artículo 27 o del 123, no lo fue en el articulado con la cuestión religiosa.

La propia asistencia de Venustiano Carranza a la sesión duodécima, del 13 de diciembre de 1916, donde se discutió el artículo tercero, y el desenlace de la discusión del 129 (que quedó al final como el 130) - que documenta acertadamente José Luis Soberanes- prueban que el Presidente Carranza, en plena Primera Guerra Mundial, con la amenaza de la Expedición Punitiva norteamericana, y en vísperas de la entrada de los Estados Unidos de América al conflicto planetario, no iba a permitir que la cuestión religiosa quedara bajo el arbitrio de los constituyentes *jacobinos* pues, como bien señala el propio Soberanes,

"se ocasionaría una guerra civil, como de hecho sucedió en el trienio 1916-1929, con la Guerra Cristera".[20]

Friedrich Katz, en su obra clásica, **La Guerra Secreta en México**, apunta que "la entrada de la expedición punitiva norteamericana en México (a raíz del ataque villista a Columbus) y el peligro de la guerra que resultó de ella, crearon una situación totalmente nueva. El gobierno mexicano manifestó entonces, de manera más clara que antes, el deseo de acercarse más a Alemania…"[21]

Y este autor concluye que "a principios de 1917 las relaciones germano-mexicanas entraron en una nueva fase. A finales de 1916, los dirigentes del Reich se habían convencido de que una victoria total, la única mediante la cual podrían lograrse los grandes objetivos de Alemania, ya no podía obtenerse combatiendo en tierra. Así pues, el 7 de enero de 1917 se optó por la guerra submarina ilimitada. De ahí en adelante cualquier barco… era un blanco potencial".[22]

Pero volvamos al trabajo de José Luis Soberanes. Un momento álgido del debate del Constituyente fue en la madrugada del 28 de enero de 1916, durante la 65ª. Sesión ordinaria, cuando se puso a discusión el dictamen del artículo 129 (130 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos). Palavicini, representante de los *renovadores*, subió

[20] José Luis Soberanes Fernández, "El anticlericalismo en el Congreso Constituyente de 1916-1917", en **Cuestiones Constitucionales,** Revista Mexicana de Derecho Constitucional, número 36, enero-junio de 2017. Acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.
[21] Friedrich Katz, **La guerra secreta en México**, Ediciones Era, Colección Problemas de México. Octava reimpresión en un tomo, 2009, p.398.
[22] *Ibid*, p. 401.

a tribuna a decir que “no importaba que los ministros de culto fueran mexicanos sino que los encargados de los templos lo fueran y que no se limitara el número de sacerdotes por entidad federativa”.[23]

Por su parte, Múgica, quizás el más brillante de los *jacobinos*, “pidió que ya que no se había podido incluir en el artículo 24 la prohibición de la *confesión sacramental*, en el 129 se daba la oportunidad de hacerlo, como él lo propuso”.[24]

Soberanes destaca que el dictamen de ese artículo nunca se votó, porque “siendo las 2:15 am del domingo 28 de enero (1917), comprobando que se había roto el quórum se levantó la sesión y se citó a la 66ª. Sesión del lunes 29 por la tarde en que no se trató del artículo 129, sino que se dejó a la llamada sesión plenaria de los días 29, 30 y 31 de enero”[25]. Y no volvió a abordarse.

Sería ingenuo pensar que Venustiano Carranza, un presidente que especialmente cuidó de la situación internacional de México, iba a dejar pasar una disposición que iba a dividir al país y a hundirlo en una guerra civil de consecuencias catastróficas, sobre todo porque afectaba uno de los sacramentos fundamentales de la fe católica. Se trataba de una ruptura más violenta de la libertad religiosa que la que provocó la Guerra Cristera.

[23] Soberanes Fernández, *Op. Cit.*, p.237.
[24] *Ibid.,*p. 238
[25] *Idem.*

4. LA OPOSICIÓN CATÓLICA EN LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1924.

Alfonso Guillén Vicente[26]

Es sabido que el candidato presidencial opositor frente a Plutarco Elías Calles en 1924 fue el caudillo sinaloense Ángel Flores, quien contó con el apoyo de gobernadores como don Agustín Arriola, hijo, quien encabezaba los esfuerzos de la media península bajacaliforniana.

Ahora sabemos que también obtuvo el respaldo de grupos de católicos aglutinados en el Partido Nacional Republicano. En realidad, algunos partidarios de la Iglesia Católica se venían oponiendo a los gobernantes posrevolucionarios desde que ciertos artículos constitucionales de la Carta Magna de 1917 fueron vistos como anticlericales y de que militares a cargo de gobiernos locales habían cargado contra porciones importantes de la población. Quizás el germen del conflicto con los carrancistas y obregonistas fue el papel del Partido Católico Nacional en el gobierno del usurpador Victoriano Huerta.

Este partido, que al principio apoyó la candidatura presidencial de Madero terminó distanciándose de él y asumiendo una posición integrista, al proponer que los católicos no deberían aliarse con los liberales porque "el liberalismo era una impiedad".[27]

[26] Profesor-Investigador de la Universidad Autónoma de Baja California Sur. Agradezco al licenciado Abel Castellanos Castellanos, de Los Altos de Jalisco, las primeras noticias sobre la gran fuerza política de la "U".
[27] Francisco Barbosa Guzmán, "Católicos y Revolución Mexicana", en **Jornada Académica: Iglesia-Revolución",** Departamento de Estudios Históricos de la Arquidiócesis de Guadalajara, 2010, p. 116.

Una de las organizaciones cívico-políticas mejor estructuradas del México de la década de los veinte, pero quizás de las menos estudiadas, es la *Unión Popular de Jalisco,* de Anacleto González Flores. Este organismo católico se levantó sobre el éxito del boicot económico local de 1918 contra la gestión de Manuel M. Diéguez en la entidad jalisciense, y frente al proyecto nacional del triunvirato sonorense, representado en tierras tapatías por políticos como José Guadalupe Zuno.

Según Javier García-Galiano, el maestro González Flores, a principios de 1925, transformó en la *Unión Popular* el denominado Comité de Defensa de Guadalajara, y utilizó la presión popular de consumir únicamente lo indispensable, y dejar de pagar contribuciones y servicios como la energía eléctrica, como una forma de resistencia civil en defensa de la libertad religiosa. En esas acciones coordinadas por la UP destacaron, desde luego, las mujeres tapatías en la denominada *Cruzada Femenina por la Libertad.*

Otra experiencia católica alternativa al proyecto del régimen posrevolucionario es la de Miguel Palomar y Vizcarra, un controvertido personaje de principios del siglo XX, que igual participó en las organizaciones electorales de tinte religioso que impulsó con sus estudios el fomento de la pequeña propiedad agrícola.[28] A nuestro juicio,

[28] Enrique Lira Soria, "Miguel Palomar y Vizcarra, sociólogo católico e intelectual cristero, 1880-1968". en **Iglesia-Revolución Mexicana, Jornada Académica,** Departamento de Estudios Históricos de la Arquidiócesis de Guadalajara, 2010

más afortunado su papel en el campo del reformismo social católico que en el terreno político.

En los Congresos Católicos de 1903 y 1906, Palomar expuso "el proyecto para el establecimiento en México de las cajas de préstamo y ahorro sistema Raiffeisen" y en 1921, en el Curso Agrícola de Zapopan, refrendó su propuesta con un trabajo titulado "Cajas Rurales y Banco Refaccionario" como parte de una solución al problema agrario nacional.[29]

Este católico jalisciense, nacido en 1880, participó en la fundación del Partido Católico Nacional y fue diputado local en Jalisco, donde contribuyó a la construcción de leyes tales como "la ley de creación del…patrimonio familiar para campesinos desposeídos; la ley del descanso dominical para trabajadores, la ley de exención de impuestos para las cajas de préstamo y ahorro".[30] Lamentablemente, luego de apoyar el triunfo maderista, ese partido terminó colaborando con la dictadura huertista.

Posteriormente, Miguel Palomar y Vizcarra apareció en 1920 en la creación del Partido Nacional Republicano, cuyo lema era "Patria y Libertad" y figuró en las listas de candidatos de ese organismo político a una diputación federal, sin conseguirla.[31]

[29] *Ibidem, pp.* 15 y 19.
[30] Lira Soria, *op.cit.,* p16.
[31] *Idem*.

Ese lema nos indica que Palomar, quien como militante del Partido Católico Nacional había asumido los postulados del integrismo, también se acercó, en un determinado momento, a aquellos católicos que "así no comulgaran conscientemente con el catolicismo liberal… sostenían la unión de Dios y libertad".[32]

A finales de 1923 ocupó la presidencia de ese partido y buscó una alianza política con el revolucionario sinaloense Ángel Flores, antagonista del general Calles en los comicios presidenciales de 1924. Le hizo ver al general Flores que "el apoyo de los militantes de su partido le podían aumentar las posibilidades… y a cambio… le pedía la devolución de las libertades de la Iglesia"[33]

Para 1925, con la agudización del conflicto religioso por la postura callista, Palomar "envió una propuesta a varias de las organizaciones cívico-religiosas existentes, para que se unificaran en un frente común llamado Liga de Defensa Religiosa"[34]. El abogado Palomar y Vizcarra fue designado como vicepresidente del organismo y viajó a Roma para una entrevista fallida con el Papa Pío XI. De todas las organizaciones invitadas, la única que contaba con una estructura territorial, más allá del culto religioso, era la *Unión Popular de Jalisco.*

[32] Francisco Barbosa Guzmán, "Católicos y Revolución Mexicana", *Op. Cit.,* p.116.
[33] Enrique Lira, ya citado, p. 19.
[34] *Ibid.* p.21.

En nuestra opinión, la *Unión Popular* de Jalisco, del laico González Flores, puede ser vista como la incipiente expresión de un poder situado a un lado del Poder que construía el régimen posrevolucionario. Una alternativa que no por ser regional era menos real. Y la *Cristiada* representa, de alguna manera, la solución de esa contradicción.

En su obra clásica sobre el conflicto cristero, Jean Meyer ha escrito que "la *Liga* (Nacional Defensora de la Libertad Religiosa) no tuvo nada que ver, en fuerza y en eficacia, con la *Unión Popular* de Anacleto González Flores, y fue en parte a causa de esto por lo que decidió, como una solución fácil, la lucha armada… (El líder González Flores) estaba preparado para un muy largo combate, cívico, político y social, inspirado en Windhorst y sobre todo en Gandhi. Podía hacerlo, ya que la *Unión Popular* enmarcaba e inspiraba a toda una población."

En su ejercicio de comparación entre la LNDLR y la *Unión Popular*, Jean Meyer aclara que la Liga… presumía de un control que no tenía sobre la organización del llamado "maistro Cleto", "y para ello construyó las listas de adhesión y el mapa de los centros regionales y locales -más de 200…-(que) son engañosas, ya que para todo el occidente de la República allí donde se lee Liga hay que entender *Unión Popular".*
Pese a oponerse a la vía armada, Anacleto González Flores se vio forzado a entrar a un conflicto que le costó la vida. Y la *Unión Popular* se hundió en la vorágine de la guerra civil de 1926-1929.

5. LOS GENERALES EN SU LABERINTO. CALLES Y OBREGÓN EN LA GUERRA CRISTERA.

Alfonso Guillén Vicente[35]

"Son sus amigos", le dijo.
"No tengo amigos", dijo él.
"Y si acaso me quedan algunos ha de ser
por poco tiempo".
Gabriel García Márquez, El general en su laberinto.

A más de noventa años del inicio de la guerra cristera en México parece oportuno examinar la conducta de los revolucionarios sonorenses que dirigían el país, sobre todo porque de parte del General Plutarco Elías Calles el conflicto no estuvo planteado como una guerra, sino como una "política anticlerical, antirreligiosa, que sigue el Gobierno Federal para destruir el poder temporal de la iglesia, que desgraciadamente imperaba en nuestro país, con las consecuencias de dominación absoluta del individuo que le son características", como lo señaló el gobernador de Tamaulipas. Emilio Portes Gil, en septiembre de 1926, en la circular número 57, donde se exigía a "todos los componentes del Gobierno (que) tengan con él, absoluta identidad de criterio y de acción"-[36]

Del lado del otrora profesor en Guaymas, no estuvo el necesario conocimiento del militar sobre el terreno de las batallas, la capacidad operativa de sus fuerzas y la moral de su enemigo. Jean Meyer ha

[35] Profesor-Investigador de la Universidad Autónoma de Baja California Sur. Un reconocimiento a mis profesores jesuitas Francisco Varela Araiza y Humberto Ochoa Granados, narradores amenos y bien informados sobre la Historia de México

[36] *Cristeros. Textos, documentos y fotografías.* **Gobierno del Estado de Jalisco,** 2007, p.156.

resaltado que Calles no creyó que los católicos se fueran a levantar en armas, y después les dio a lo más unas semanas para rendirse. Parece no haber previsto las consecuencias de la serie de medidas que montó contra la grey católica, desde la fundación de una iglesia cismática, a principios de su gobierno, a la ley que reformó el Código Penal para el Distrito y Territorios Federales, sobre delitos del fuero común, y para toda la República, sobre delitos contra la Federación, que finalmente derivó en la suspensión de cultos el 31 de julio de 1926.

Ese desprecio por el adversario que exhibió el comandante en jefe de las fuerzas armadas nacionales tal vez prueba lo que Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer han señalado en su texto, *A la sombra de la Revolución Mexicana* (Cal y Arena, 1990), sobre los efectos de la rebelión delahuertista de 1923, la que "arrastró tras de sí los últimos señores de la guerra con prestigio nacional y mando autónomo de tropas". Después de ella no quedaron más que el Caudillo y su sucesor, "gigantescos en el centro de un vacío de liderato".

No se discute aquí la calidad de Calles como político y creador de instituciones, pero por lo que toca a la guerra cristera se metió en un laberinto del que sólo salió cuando Portes Gil, ya presidente constitucional interino, arribó con la Iglesia Católica a los "Arreglos de 1929".

Para mediados de 1927, los cristeros, con su táctica de guerra de guerrillas, habían consolidado sus posiciones en varias entidades de la república, alimentados por la represión callista que les proporcionaba mártires. Fue el caso de Anacleto González Flores, el dirigente de la

Unión Popular de Jalisco, asesinado por autoridades el primero de abril de ese año, a pesar de que el abogado tramitó dos amparos (79/27 y 128/27) ante los juzgados de Distrito supernumerario y numerario de la entidad federativa, concedidos “bajo el concepto de (suspender) el acto reclamado consistente en la amenaza contra la vida del quejoso”.[37]

A pesar de la gran capacidad del general Amaro en la Secretaría de Guerra y Marina, el ejército federal tenía que volver, una y otra vez, a recuperar territorios, con el consabido desgaste físico y el descrédito moral, porque en muchos pueblos toda la gente estaba identificada con el movimiento opositor. “A causa del carácter popular de la insurrección -ha escrito Jean Meyer- y de la permanencia de sus motivaciones, los alzamientos se repetían, no bien se marchaban las columnas (militares)”.[38]

Del lado cristero, el general Enrique Gorostieta, el regiomontano que había servido a las órdenes de Felipe Ángeles como notable artillero, pasó de ser un mercenario contratado por la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (LNDLR), a un convencido de la causa católica que llegó a declarar: “¿Con esta clase de hombres crees que podamos perder? ¡No, esta causa es santa y con esos defensores no es posible que se pierda!”.[39]

[37] *Ibid,* p.248.
[38] Jean Meyer, *La Cristiada,* Volumen 1, Siglo XXI Editores, 1973, p. 194.
[39] *Ibid,* p.203

Desde la óptica de Álvaro Obregón Salido, el único general invicto de la Revolución Mexicana, la situación en muchas regiones del país a partir de mediados de 1927 no podía ser más preocupante. Un militar como él tenía que saber que la guerra cristera iba para largo y sus amigos norteamericanos, los mejor informados de la realidad mexicana, le debieron hablar al oído de las perspectivas del conflicto religioso.

Pudo ser eso, junto a la pretensión del cuestionado líder de la CROM, Luis N. Morones, de ser presidente de México con el eventual apoyo callista, lo que fortaleció su convicción de que él era la única solución, a falta de otro líder carismático y con ascendiente militar. Después de todo era una exigencia de sus partidarios en ambas cámaras del Congreso de la Unión, aquellos que a finales de 1926 ya le habían asegurado la reforma constitucional necesaria para su reelección. Un exitoso agricultor del Noroeste no deja sus boyantes negocios, así como así, para embarcarse en una aventura tan azarosa.

No sabemos si la Liga (LNDLR) consideraba que Obregón podía, como presidente de la república, dar los pasos necesarios para destrabar el conflicto religioso, y por eso preparó un atentado para eliminar al Caudillo con ineficaces bombas caseras que estallaron entre las llantas del automóvil que lo llevaba[40]; con el aderezo de que el mismo autor intelectual del ilícito se presentó a conversar, en plena corrida de toros, con el propio político y militar sonorense inmediatamente después de atacarlo. O bien, como señalan algunos, que dicha organización de

[40] Carlos Martínez Assad, "El Mito del Padre Pro", en *Relatos e Historias en México,* número 98, Editorial Raíces, 2016.

filiación católica había llegado a la conclusión de que la política anticlerical callista gozaba del beneplácito del candidato presidencial que se encaminaba a su reelección y que tenía que eliminarlo a como diera lugar.

El fallido atentado al hombre fuerte de Huatabampo, el 13 de noviembre de 1927, en el contexto de la férrea resistencia que sus lugartenientes Serrano y Gómez presentaron a su reelección, alarmó al presidente Calles, quien ordenó el fusilamiento de los implicados, y también del sacerdote jesuita Miguel Agustín Pro Juárez, a quien se acusó porque su hermano había vendido recientemente el automóvil que sirvió para perpetrar la acción. Don Plutarco quiso matar dos pájaros de un tiro, demostrando tal vez que nunca tuvo a la vista la salida a la guerra, cuestión que se contradice con su empeño por darle al país las condiciones para un crecimiento económico que superara las cicatrices de la Revolución Mexicana.

El encargado de la ejecución de los acusados fue el general Roberto Cruz, jefe de la policía de la Ciudad de México durante el callismo. Cruz era en realidad un obregonista convencido desde 1920 y llegó a ese cargo después de varias responsabilidades importantes, entre ellas, jefe de la guarnición de plaza de la capital del país y de las operaciones militares en el Valle de México en la presidencia de Obregón. Según Carlos Martínez Assad, en su trabajo sobre el fusilamiento del Padre Pro publicado en *Relatos e Historias en México,* el general Roberto Cruz trató de convencer inútilmente a Calles de proceder a la ejecución después de haber celebrado un juicio, y no dejó de quejarse de que se

le calificara de" troglodita asesino" después de los hechos. ¿Consideró Álvaro Obregón Salido al finalizar 1927 que Calles había llegado demasiado lejos al actuar por encima de la ley?

El martirio del Padre Pro metió también al Caudillo en el laberinto, porque convenció a muchos católicos, y desde luego a León Toral -el hombre que lo ultimaría a mediados de 1928- de que el reelecto presidente prolongaría el conflicto religioso.

6. EL PRESIDENTE INTERINO EMILIO PORTES GIL Y SU POSICIÓN FRENTE A LA IGLESIA CATÓLICA.

Designado como Presidente Interino por el H. Congreso de la Unión al asesinato del general Obregón Salido, recién electo para cubrir un segundo mandato, el abogado Portes entró al quite en medio de la grave crisis política que vivió el país a partir de mediados de julio de 1928.

Este político era apodado “El Manchado”, por la pólvora que se incrustó en una parte de su rostro cuando estalló una pistola en el duelo que protagonizaron, en la Ciudad de México, los generales Luis Caballero y César López de Lara, por la gubernatura de Tamaulipas, en 1918.

Si se recuerda que aquella crisis tuvo que ver con que el general Calles, presidente en funciones, estaba bajo sospecha de muchos; que el Ejército era un factor político de enorme peso; y que los obregonistas se sentían con el legítimo derecho para manejar la vida pública de México, se aquilata que un civil con prestigio en su estado natal haya aceptado dirigir el país por 14 meses.

Lorenzo Meyer, en el volumen que coordinó para El Colegio de México sobre La Historia de la Revolución Mexicana, 1928-1934, señala que “ Don Emilio Portes Gil ofrecía inmensas ventajas para ocupar el cargo a juicio de los callistas… en 1923 había sido presidente del congreso del Partido Nacional Cooperatista, que deslindó al de la huertismo del callismo…En la cámara baja había contribuido en tiempos de Obregón

a la destrucción del Partido Liberal Constitucionalista, que había decidido zafarse de la tutela del Caudillo..”

En cuanto al obregonismo, Meyer subraya que ”su filiación obregonista era segura, como podría deducirse… de los altercados que tuvo con el laborismo y con Morones”, el líder de la CROM ” y destacado funcionario del gabinete callista.

La labor de Portes Gil como gobernador de Tamaulipas durante la presidencia de Don Plutarco, a partir de febrero de 1925, nos habla de un funcionario más cercano a lo que después se llamaría la política de masas del cardenismo, lo que le permitió construir un sistema político local “que monopolizó los intereses organizados de la sociedad a través de mecanismos burocráticos y partidarios bajo la invariable sanción de su hegemonía personal, cuya vigencia, salvo una breve interrupción, se prolongó desde 1925 hasta 1947”, como bien apunta Octavio Herrera en su texto Tamaulipas, Historia Breve (COLMEX-FCE, 2010).

Portes promovió, en 1926, la formación de la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos y, en materia laboral creó las Juntas de Conciliación y Arbitraje, y el Código Estatal del Trabajo. Todo esto, sin olvidar, la experiencia del Partido Socialista Fronterizo, un importante antecedente del PNR.

A más de nueve décadas, no podemos olvidar que Emilio Portes Gil protagonizó los Arreglos de 1929, que dieron fin al conflicto cristero. Y su actuación como Presidente de la República, no quiere decir que,

como gobernador de su estado, no diera muestras, en su momento, de su fidelidad a Calles en medio de la Cristiada. Así lo comprueba el oficio circular que dirigió a sus colaboradores en Tamaulipas, en septiembre de 1926, por el que se considera “altamente beneficioso para la Patria la política anticlerical, antirreligiosa, que sigue el gobierno federal” (Cristeros, Gobierno de Jalisco, 2007) y se les pide que demuestren, con actos, que están con Calles.

7. ¿ERA EVITABLE LA GUERRA CRISTERA?

En 2004, Jean Meyer publicó en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) una interesante reflexión sobre su texto clásico *La Cristiada*, Siglo XXI Editores, 1973.

Su tesis de doctorado en letras en París-Nanterre apareció publicada en tres partes. Señaló que las otras dos terceras partes… pueden considerarse la una como constituyendo una historia previa y paralela, y la otra un análisis estático".

No me detendré aquí en los comentarios que responden a sus críticos, ni en las acotaciones que formula sobre los alcances de aquella investigación que comenzó cuando él tenía 22 años, mirados desde la madurez que dan las 62 primaveras. Sólo diré, a su favor, lo que el entonces líder sinarquista, Juan Aguilera Azpeitia me comentó en 1977, cuando acudió a un ciclo de conferencias sobre "Conducta social y partidos políticos", organizada en Toluca por la Facultad de Ciencias de la Conducta de la Universidad Autónoma del Estado de México. "Le hemos dado a Jean Meyer el acceso a los archivos de la Unión Nacional Sinarquista para que cuente la verdad sobre nuestra organización". Sin filias y sin fobias.

Me interesa detenerme en lo que es, sin duda, por lo menos para mí, un valioso apunte sobre la enseñanza del conflicto cristero para el México del siglo XXI, prisionero de una polarización, que lo mismo encontramos en España que en la República Argentina; una radicalización que en el

campo de las relaciones internacionales nos ha regresado a los bloques de la *guerra fría.*

"La Cristiada no era inevitable, -escribe Jean Meyer en ese ajuste de cuentas con su obra- no tenía nada de fatal. Según me lo comentó, en casa de doña Hortensia Calles, el general Miguel Aranda Díaz, bien pudo evitarse; el general Cedillo, de quien era entonces secretario particular, tenía la convicción de que sin el radicalismo de un pequeño grupo dirigente, tanto del lado del gobierno, como en el campo católico, no habría sucedido ningún levantamiento armado".[41]

Precisamente quiero referirme aquí a la actuación del general Saturnino Cedillo en la guerra cristera, contada por Jean Meyer. Una prueba de que no todos los que participaron en el conflicto pensaban que era inevitable.

"El gobierno –apunta Jean Meyer- no podía dejar a los cristeros asentarse en el Bajío y tomar a Guadalajara, por lo cual recurrió, una vez más, a los servicios de Saturnino Cedillo, el salvador de 1923-24 (cuando la rebelión delahuertista) el cacique de San Luis Potosí. Creóse para él una nueva región militar, la 35ª., la de Los Altos, que tenía como cuartel de operaciones a Tepatitlán. Y Cedillo alistó ocho mil hombres… Estos agraristas, a diferencia de los que se movilizaron en otras partes

[41] Jean Meyer, *Pro Domo Mea: "La Cristiada" a la distancia,* Documentos de Trabajo del CIDE, número 29, 2004, p.16,

desde 1926 eran combatientes aguerridos, veteranos a menudo de la División del Centro de Cedillo".[42]

"Cedillo –hace constar el investigador del CIDE- dio pruebas de una clemencia nueva, evitando el saqueo y suspendiendo las ejecuciones; dejó sentir por doquier que él no odiaba a los cristeros, y dejó correr el rumor de que él mismo era católico y combatía a disgusto".[43]

Y a pie de esa página da una prueba contundente. Con una entrevista realizada en 1968 al sacerdote jesuita Heriberto Navarrete, nada menos que el lugarteniente del legendario general cristero, el artillero egresado del H. Colegio Militar, Enrique Gorostieta. Ese hombre, que todavía andaba armado en 1933 cuando entró al noviciado de la Compañía de Jesús, le dijo a Jean Meyer: "Cedillo, que era católico, no quería fusilar a ni un solo cristero…"

[42] Jean Meyer, *La Cristiada,* Siglo XXI Editores, 1973, p. 301.
[43] *Ibidem,* p.305.

8. RISPIDEZ EN LAS RELACIONES ESTADO-IGLESIA. EL CASO DE LOS MISIONEROS COMBONIANOS ITALIANOS EN EL TERRITORIO SUR BAJACALIFORNIANO. (1962-1963).

Alfonso Guillén Vicente[44]

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el instituto de los Misioneros Combonianos del Corazón de Jesús encontraba serias dificultades para que sus integrantes, casi todos italianos por aquella época, fueran a desempeñar sus tareas apostólicas en África, la vocación histórica de la Orden.

Es entonces que se presenta la oportunidad de realizar su tarea misionera en México, y en particular en la porción sur de la península bajacaliforniana a partir de los primeros meses de 1948. Ahí se hicieron cargo, inicialmente, de las parroquias de San José del Cabo, La Paz y Todos Santos-El Triunfo.

No exenta de dificultades, la labor de los Combonianos transitó sin roces con las autoridades locales y federales hasta principios de los años sesenta. Ni siquiera batallaron con los trámites migratorios, dada su condición de extranjeros en ejercicio de su ministerio.

Por otro lado, en octubre de 1958, el fallecimiento de Pío XII trajo al Papado a un italiano de la región de Lombardía, Juan XXIII, que pronto mostró su vocación de apertura al mundo contemporáneo con su

[44] En recuerdo a Mario Menghini, MCCJ,

Encíclica *Mater et Magistra* (1961) y con la convocatoria al trascendental Concilio Vaticano II.

La citada Encíclica se propuso abordar “el reciente desarrollo de la cuestión social a la luz de la doctrina cristiana”, como lo señaló el Pontífice en la introducción del documento. Juan XXIII quiso así festejar el 70 aniversario de la promulgación de la Encíclica *Rerum Novarum*, del Papa León XIII, al decirse “confiado y con pleno derecho” para iniciar “el tratamiento de esta cuestión, ya que se trata de un problema cuya solución viable será absolutamente nula si no se busca bajo los auspicios de la religión y de la Iglesia”.

Desde la óptica del gobierno mexicano de aquella época, con todo el control de la política interior en manos del licenciado Gustavo Díaz Ordaz a partir de diciembre de 1958, no podía dejar de preocupar el quehacer del Papa Juan XXIII en este aspecto, pues la visión corporativista del Ejecutivo Federal no admitía que nadie más, mucho menos el Romano Pontífice, buscara “definir los principios que habían de resolver el problema de la situación de los trabajadores en armonía con las normas de la doctrina cristiana”.

El perfil político de Gustavo Díaz Ordaz, sus orígenes y trayectoria al lado de los políticos más conservadores del régimen, auguraba una respuesta autoritaria a una Iglesia Católica que, bajo la inspiración de la *Mater et Magistra,* afirmara que “el Estado (ha) de intervenir a tiempo… para tutelar los derechos de los ciudadanos, sobre todo de los más débiles, cuales son los trabajadores, las mujeres y los niños”.

Por si fuera poco, el Papa Juan XXIII apuntaba que “el Estado nunca puede eximirse de la responsabilidad que le incumbe de mejorar con todo empeño las condiciones de vida de los trabajadores”. Y lo que debió parecerle el colmo al político formado en la escuela poblana avila-camachista fue que el pontífice italiano hablara de que “constituye una obligación del Estado vigilar que los contratos de trabajo se regulen de acuerdo con la justicia y la equidad, y que, al mismo tiempo, en los ambientes laborales no sufra mengua, ni en el cuerpo ni en el espíritu, la dignidad de la persona humana”.

Si recordamos la atmósfera política del México de los sesenta, con la tristemente célebre Dirección Federal de Seguridad, y si tomamos en cuenta la condición italiana de los Misioneros Combonianos de aquella época, podemos imaginar lo pudo estar detrás de dos lamentables acontecimientos que tuvieron lugar en mayo de 1962 y en mayo de 1963, justo un mes antes del fallecimiento del citado pontífice.

Dos misioneros combonianos, el primero Hermano y el segundo sacerdote, sufrieron terribles “accidentes”. Uno, un atropellamiento en el capital del país, y el otro, en el poblado calisureño de Todos Santos, de fatales consecuencias.

En el libro *Daniel Comboni vibra por México*, publicado en 1997 por el misionero Domingo Zugliani, se describe el percance del Hermano Carmelo Praga, el14 de mayo de 1962, y la muerte del presbítero Luis Corsini, a principios de mayo de 1963.

En el primer caso, se documenta que el propio Hermano comboniano narró que, a bordo de una motocicleta, cuando intentaba “rebasarlo, el camión (de reparto de gas a domicilio) aumentaba la velocidad, y al disminuir yo la velocidad, el camión hacía lo mismo. Más de una vez quiso de adrede cerrarme el paso. En una de esas el camión pegó contra la moto y me tumbó al suelo” (p.79)

El fallecimiento del sacerdote Luis Corsini tuvo también aristas oscuras. En palabras del comboniano Zugliani, en el libro ya citado, la muerte del misionero de 34 años en Todos Santos, entonces Territorio Sur de Baja California, se dio “en circunstancias un tanto misteriosas que engendraron fundadas sospechas de que se trataba de un hecho delictuoso”. (p.84)

Apareció ahogado en una poza de agua dulce cercana a la playa bañada por el océano Pacífico, el siete de mayo de 1963. Domingo Zugliani apunta que “encontraron el cuerpo a una profundidad de cuatro metros” y que “trasladado al hospital de Todos Santos, el médico le encontró una fractura, a consecuencia de un golpe en la garganta”. Después de varias semanas, el Provincial de la Orden escribió al Superior General comboniano que “daba pocas esperanzas de que se llegaran a aclarar los hechos”.

Todo esto aconteció cuando el gobernador del Territorio Sur bajacaliforniano era el general Bonifacio Salinas Leal. Según Gonzalo N. Santos - el revolucionario y cacique potosino- su amigo y compañero Salinas Leal se destacó, bajo el mando del general Calles, en el

sofocamiento de la rebelión “escobarista”; estuvo en el grupo de generales que se opusieron a la candidatura presidencial del constituyente Francisco J. Múgica; y como gobernador de Nuevo León, en los años cuarenta, formó parte del denominado “Bloque de Gobernadores”, que sostuvo la presidencia de Manuel Ávila Camacho y lanzó la candidatura presidencial de Alemán Valdés.[45]

[45] **Gonzalo N. Santos**, *Memorias,* Editorial Grijalbo, 1986.

09. LOS CATÓLICOS Y LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA EN LA DÉCADA DE LOS SETENTA.

Alfonso Guillén Vicente[46]

La década de los setenta en México trajo consigo nuevos fenómenos políticos como la participación de una organización obrera de inspiración católica, el Frente Auténtico del Trabajo, en el surgimiento del *Comité Nacional de Auscultación y Coordinación* (CNAC). Esto puede que sea el primer contacto de los católicos con un nuevo organismo político de izquierda, el denominado Partido Mexicano de los Trabajadores, que "sume los esfuerzos, constantes pero dispersos, de quienes luchan por la independencia económica, la justicia social y la libertad política de México", tal como Demetrio Vallejo, Octavio Paz, Luis Villoro, Carlos Fuentes y Heberto Castillo lo plantearon en septiembre de 1971.

Hasta entonces, algunos laicos y sacerdotes sólo se habían pronunciado por una opción de izquierda en nuestro país con su inserción en comunidades y barrios populares, señaladamente desde finales de 1969, con la idea de que había que unirse al pueblo, pero sin militar en algún partido político. Esto último porque la principal organización política de izquierda, el Partido Comunista Mexicano, se debatió, durante la década de 1960, entre las rupturas y las consecuencias de su XIII Congreso.[47]

[46] Con mi reconocimiento al jesuita Eduardo Calderón Villegas, historiador, profesor y testigo objetivo de aquellos tiempos.

[47] **Octavio Rodríguez Araujo,** *La reforma política y los partidos en México,* Siglo XXI Editores, 12ª edición, p. 97.

Los comunistas mexicanos perdieron la posibilidad real de captar la atención de los católicos progresistas a mediados de 1971, cuando los primeros sostuvieron debates con el grupo que encabezaban Carlos Fuentes, Octavio Paz y Heberto Castillo, porque éstos "parecieron ser frontales. No se deslindó entre la búsqueda de posiciones comunes y el deslinde propio de los grupos actuantes."[48]

En realidad, las diferencias entre los cercanos al Partido Comunista Mexicano y otras corrientes democráticas, como el grupo encabezado por Octavio Paz y sus esfuerzos editoriales, Plural *y Vuelta*, nunca pudieron ser resueltas. Al respecto, puede verse el valioso testimonio de Enrique Krauze en sus memorias: *Spinoza en el Parque México*, Colección Andanzas, Tusquets Editores, 2022, donde explica al detalle todos los desencuentros entre los autoproclamados "de izquierda", del grupo *Nexos*, y los bautizados como "liberales".

Los sucesos del Jueves de Corpus de 1971 ocasionaron lo que parece ser un parte aguas en la actuación política de la izquierda mexicana: la opción armada. Y tengo para mí que entre los católicos progresistas operó la misma división que sacudió al Partido Comunista Mexicano frente a la formación de "grupos guerrilleros con una dinámica militarista, que partían de la concepción de que las condiciones para la revolución ya estaban dadas, ya habían madurado".[49]

[48] *Ibidem,* p.98.
[49] *Idem.*

Fernando M. González, en su trabajo: “Algunos grupos radicales de izquierda y de derecha con influencia católica en México”, publicado en la revista *Historia y Grafía* de la Universidad Iberoamericana en 2007, ha apuntado que “cuando aparece, hacia 1971, la opción armada”, “silenciosa, pero contundentemente para (la) minoría de católicos en vías de radicalización, un muro que hasta mediados de los años sesenta parecía infranqueable comienza de modo literal a disolverse. Me refiero al que se interponía y separaba limpiamente a cristianos y marxistas, a los hijos de la trascendencia y a los materialistas dialécticos. Creer o no en Dios dejó de ser un obstáculo serio; lo importante comenzó a ser el compromiso con los pobres y con el “pueblo”

Y aquí es inevitable referirse al papel de la Teología de la Liberación en la toma de posición de esos católicos progresistas. En ese sentido, en mi opinión hay que subrayar una diferencia fundamental entre las corrientes de esa escuela que se movieron en México y las que aparecieron en América del Sur. En estas últimas, las sudamericanas, es evidente la importante presencia de movimientos sociales vinculados a partidos políticos de izquierda; fenómeno ausente en nuestro país en aquella época por el enorme peso del partido dominante, el Revolucionario Institucional, y la falta de registro legal para los comunistas, con sus diversas tendencias.

En Argentina, por ejemplo, una Teología de la Liberación de corte popular aparece en el seno del movimiento peronista, que había sido gobierno con amplia base social con un retorno al poder en 1973; y que al dejar paso a la dictadura militar se manifiesta en el grupo guerrillero

Montoneros, en una lucha reivindicatoria de lo que consideraron el **verdadero** peronismo, frente a la derecha peronista que rodeó a la señora María Estela Martínez de Perón, la segunda esposa del general.

En el caso chileno, el Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales fue el teatro del enfrentamiento entre los partidarios y los antagonistas de la Teología de la Liberación. Según el especialista Malik Tahar Chaouch[50], con una fuerte discusión entre los "desarrollistas" y los "liberacionistas"; pues el contenido del discurso político de estos últimos se acercó a la denominada *Teoría de la Dependencia,* entonces de moda para explicar los derroteros de América Latina*.* Finalmente, los católicos chilenos de izquierda se integraron al MAPU, Movimiento de Acción Popular Unitaria, que participó en la coalición que impulsó al médico Salvador Allende y su gobierno de Unidad Popular, al lado de socialistas y comunistas.

El Primer Encuentro Latinoamericano de Cristianos por el Socialismo se celebró en Santiago de Chile en abril de 1972. Fue impulsado por el llamado "Grupo de los Ochenta", los sacerdotes chilenos que en 1971 manifestaron su apoyo al gobierno socialista del médico Salvador Allende, y coincidió con la III Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD III).

El temario de ese evento comprendió diez asuntos importantes, particularmente en aquella época: Subdesarrollo, dependencia y transición al socialismo; movilizaciones de masas; condiciones para una alianza estratégica entre cristianos y marxistas; ideología y religión;

[50] "La Compañía de Jesús y la teología de la liberación: convergencias y divisiones sociopolíticas del catolicismo contemporáneo en América Latina", en Historia y Grafía**,** no.29, **UIA, 2007, pp.** 101-103.

lucha de clases: posiciones éticas y obstáculos para los cristianos; instituciones cristianas e ideología; Teología de la Liberación; partidos populares y uniones; labor de campo e iniciativas eclesiales; las clases medias, la mujer en la revolución y el factor cristiano.[51]

La delegación mexicana iba encabezada por el Obispo de Cuernavaca, Don Sergio Méndez Arceo, y contaba con destacados sacerdotes y laicos comprometidos, partidarios de la Teología de la Liberación. En ese tiempo, gobernaba México Luis Echeverría Álvarez, con una evidente cercanía con el presidente chileno Salvador Allende e interesado en promover la llamada Carta de los Derechos y Deberes de los Estados en el seno de las Naciones Unidas.

El diálogo entre católicos y marxistas fue una de las muchas consecuencias del Concilio Vaticano II y de las Encíclicas Papales como **Pacem in Terris,** de SS Juan XXIII, y **Populorum Progressio**, de SS Paulo VI. Como también lo fue la participación de algunos católicos en el Partido Acción Nacional (PAN) en la segunda mitad de los sesenta, cuando los blanquiazules querían parecerse más a la Democracia Cristiana sustentada en la Doctrina Social de la Iglesia.

Particular importancia tuvo la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín, Colombia. Amalia Casas, de la Universidad Nacional 3 de Febrero de Argentina, ha señalado que "una atenta mirada a los Documentos Finales de Medellín ("Justicia" y

[51] Records of Primer Encuentro Latinoamericano de Cristianos por el Socialismo, The Burke Library Archives.

"Paz") da cuenta de la introducción de la *Teoría de la Dependencia* en el análisis de la situación".[52]

Uno de los mexicanos más destacados en ese diálogo entre católicos y marxistas lo fue Porfirio Miranda de la Parra con su clásico libro **Marx y la Biblia.** Miranda, primero jesuita y, a su salida de la Compañía de Jesús, destacado académico de la Universidad Autónoma Metropolitana, aprovechó su facilidad para los idiomas y la filosofía, para cursar estudios de Economía en Alemania y el Doctorado en Ciencias Bíblicas en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma.[53]

El texto de **Marx y la Biblia**, publicado por primera vez en 1971 por el autor, con el apoyo del entonces Provincial de la Compañía de Jesús Gutiérrez Martín del Campo, tuvo una amplia difusión, antes y después de que Porfirio Miranda abandonara la orden religiosa. Llegó a exponer lo que fue su tesis doctoral ante los estudiantes jesuitas de Teología en su sede de San Ángel, en la Ciudad de México, antes de dejar los hábitos religiosos.

De aquel esfuerzo por acercar las posiciones entre la doctrina católica y el pensamiento marxista me queda la impresión de que fue un camino en un solo sentido, porque no se apreció el interés de los militantes de izquierda revolucionaria por valorar las aportaciones de los pensadores interesados en la interpretación de la Sagrada Escritura.

[52] Amalia Casas, "En busca de las razones del otro: Conrado Eggers Lau y el diálogo católico-marxista (1958-1968)", **Investigaciones y Ensayos,** #58, s.f.
[53] María Adela Oliveros, "José Porfirio Miranda de la Parra: una vida entre Marx y la Biblia", en **Signos Filosóficos,** número 7, enero-junio 2006.

En realidad, desde los Partidos Comunistas no se supo apreciar la propuesta de diálogo generoso y hasta incondicional de los católicos Igual en 1936, cuando el Partido Comunista Francés invitó a la formación de un Frente Popular, "más un llamamiento a una alianza política que un intento de diálogo"[54]; que a finales de los años setenta, en México, cuando varios destacados católicos se acercaron a conversar con el Partido Comunista Mexicano, que estrenaba registro legal con la Reforma Política de 1977, Como bien lo afirma Jorge Castañeda en su biografía, **Amarres Perros**, (Alfaguara, 2015) para su XIX Congreso el PCM prefirió incorporar, en su agenda, temas de género y derechos de las minorías, muy acordes con su clientela del Valle de México.[55]

En México, el esfuerzo de hacer coincidir la Biblia con el marxismo, que proponían esos católicos inscritos en la Teología de la Liberación, coincidió en los objetivos aunque no en el método[56] con una opción político-militar carente de base popular, la *Liga Comunista 23 de Septiembre.* Esta última proponía insertarse en el pueblo para concientizarlo, politizarlo, y en suma liberarlo del control político en un plazo perentorio, mediante un esfuerzo titánico que doblegara la fuerza del Estado mexicano, Una lucha cuestionable por lo que Fernando M. González llamó "una relación posible –aunque paradójica- entre los medios –secuestros, robos a empresas (eufemísticamente llamadas

[54] Amalia Casas, *op.cit*., p. 98.
[55] Alfonso Guillén Vicente, "La izquierda mexicana vista desde la provincia…", en **Hechos y Derechos, # 38,** marzo-abril, 2017, UNAM- iij.
[56] **Malik Tahar Chaouch,** "Una expresión cristiana del radicalismo sociopolítico en América Latina: la teología de la liberación entre cruzada antisacrificial y sacrificio crístico", en *Cruzadas Seculares,* Marco Estrada y Gilles Bataillon (editores), El Colegio de México, 2012, pp. 38 y 39.

expropiaciones), asesinatos (denominados *ajusticiamientos),* volanteo exprés de propaganda *revolucionaria* para educar al pueblo y enfrentamientos con la policía y el ejército- y el fin –la transformación radical de estructuras-". [57] Los católicos que acompañaron a los jóvenes guerrilleros de los setenta decidieron bajarse del navío en el momento del mismo alumbramiento de la organización extremista. Desconocemos si todos tuvieron claro el inevitable destino que les esperaba.

Para la *Liga Comunista 23 de Septiembre* de los setenta vale lo que Jean Meyer señaló de la *Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa* y su participación en el conflicto cristero en el México de los años veinte: "La *Liga* no estaba preparada… para este trabajo en profundidad, de militancia oscura. Prefirió la guerra… por facilidad, por deseo de ir de prisa, por incapacidad para obrar de otro modo. Voluntarismo, desprecio a las masas, se encuentran igualmente entre los ligueros que entre sus primos los callistas. Y finalmente, el recurso universal a la fuerza".[58]

El asesinato del destacado empresario regiomontano, Eugenio Garza Sada, en un intento de secuestro no del todo aclarado por el gobierno echeverrista, no fue el único que sobresalió en el saldo negativo de la *Liga Comunista 23 de Septiembre*. La tortura y el ajusticiamiento del hombre de negocios tapatío, Fernando Aranguren Castiello, y el

[57] **Fernando M. González,** "Algunos grupos radicales de izquierda y de derecha con influencia católica en México", *Historia y Grafía,* número 29, Universidad Iberoamericana, 2007, p. 80.
[58] **Jean Meyer,** *La Cristiada,* Volumen 1, Siglo XXI Editores, varias ediciones, p. 62.

secuestro del cónsul británico Duncan Williams en Guadalajara, ponen también en entredicho a esta organización. Pero estos crímenes de ninguna manera eximen de culpa al gobierno federal de Echeverría Álvarez y su tristemente célebre “Guerra Sucia” mexicana.

10. EL PAN Y SUS ENCRUCIJADAS.

PRIMERA PARTE

Alfonso Guillén Vicente (UABCS)[59]

El Partido Acción Nacional (PAN) se constituye el 16 de septiembre de 1939 con personas provenientes de diferentes corrientes políticas: unos eran católicos del Occidente de México; otros habían colaborado con los regímenes posrevolucionarios, como su fundador y primer presidente, Manuel Gómez Morín; había jóvenes universitarios de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos; también aparecían empresarios y miembros de la clase media. Algunos militaron en el vasconcelismo una década antes; y otros, sin duda, eran inconformes con la política del presidente Lázaro Cárdenas.

Se dice que fueron influenciados por organizaciones europeas; aunque también pudiera pensarse que algunos hubieran querido llamarse Acción Católica si la Constitución mexicana se los hubiera permitido. Esos años, finales de los 30s, tiempos convulsos de inicios de la Segunda Guerra Mundial, no dan claridad de todas las motivaciones que estuvieron detrás de sus primeros militantes.

Finalmente, no puede negarse el peso de los descendientes de los partidarios del catolicismo social mexicano, como Palomar y Vizcarra, destacado miembro del Partido Católico Nacional de 1911 y del Partido Nacional Republicano de 1920.

[59] Al presbítero. Agustín Rivera, precursor de la corriente del catolicismo social y liberal.

Al respecto, Carlos Castillo Peraza, un destacado intelectual y dirigente panista, ha escrito que "esta parte de México que dio origen al PAN, está constituida como un gran río, por múltiples afluentes. Por ejemplo, llegaron a la fundación del PAN que habían tomado parte en la Revolución Mexicana".[60]

Y destaca que "Gómez Morín convoca a un conjunto amplio de gente de muy diversa procedencia, por ejemplo, a muchachos de la época que habían luchado con él por la Autonomía (de la Universidad Nacional)". "Vienen a su vez vasconcelistas… vienen también católicos que habían estado en la lucha religiosa de los años 26 a 29… "

"Venían también otro tipo de católicos muy interesantes, los que yo llamaría católicos sociales, (pues) a fines del siglo pasado (XIX) muchos católicos se dedicaron a crear instituciones: sindicatos, agrupaciones de artesanos, … de campesinos."[61]

"Vinieron otros, gente que había estado en la Revolución, a quienes no les gustó el sesgo socializante que tomó en la época de Cárdenas porque ellos no eran socialistas".

Pero Carlos Castillo Peraza señala que "para mí… el grupo que más me impresionó de los que llegaron a fundar el partido era un grupo de jóvenes… los de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos (UNEC)".[62]

[60] **El PAN; ayer y hoy.** Texto compilado por Jesús Garulo García, editado por Acción Nacional, CDMX, 2020.
[61] *Ibidem*
[62] *Idem.*

Puede decirse que la primera década de la vida del PAN fue heroica. Es la gestión de su fundador, Manuel Gómez Morín. Enrique Krauze, en su excelente introspección, *Spinoza en el Parque México* (Tusquets editores, 2022) señala, a propósito de su libro *Caudillos Culturales en la Revolución Mexicana*, que cuando escribió la biografía del gran constructor de instituciones que fue don Manuel, leyó sus discursos "y una larga entrevista de historia oral que le hicieron los esposos James y Edna Wilkie. En ella hablaba del esfuerzo de concientización cívica que había desplegado su partido en el decenio en que había sido su presidente (de 1939 a 1949). Ahí leí que los militantes del PAN sufrieron matanzas similares a la de Tlaltelolco; que sus escasos diputados presentaron iniciativas de reforma electoral (denegadas todas) como la credencial de elector o la organización ciudadana de los comicios. Gómez Morín acuñó un sintagma para ese esfuerzo casi sin esperanza: "brega de eternidades". Esas iniciativas fundamentales se retomarían en México medio siglo después".[63]

A través de su historia, el partido blanquiazul se ha visto en varias disyuntivas. La primera, desde su fundación, cuando el propio Manuel Gómez Morín indicó que "dos caminos se abren, pues, desde su iniciación, ante Acción Nacional: uno, el de intervenir, desde luego, en la vida política… participación en la lucha electoral concreta… Otro, el de abstenerse, el de no tomar parte en la lucha electoral y concentrar el esfuerzo en la actividad de programa y de doctrina… dándole desde

[63] Enrique Krauze, *Op. Cit.,* p. 201.

luego la orientación y el carácter de actividad política decidida; pero sin intervenir como grupo en la campaña electoral".[64]

Durante la gestión de Gómez Morín, el PAN apoyó, en las elecciones presidenciales de 1940 al disidente Juan Andrew Almazán, postulado por el Partido Revolucionario de Unificación Nacional, un candidato claramente de derecha que se enfrentó al general Manuel Ávila Camacho, del entonces partido oficial. Para las elecciones de diputados federales de 1943 postuló 21 candidatos y obtuvo 25 mil votos.[65]

En los comicios federales de 1946, Acción Nacional postula a Luis Cabrera como su candidato presidencial y en renglón de diputados al Congreso de la Unión postula 64 candidatos y logra que se le reconozcan cuatro curules. En las elecciones de diputados de 1949 obtiene ya el 5.2 por ciento de los votos, duplicando el porcentaje alcanzado tres años antes.[66]

El ingeniero Juan Gutiérrez Lascuráin sustituyó a Gómez Morín en la dirigencia nacional del PAN en 1949. Ingresó al partido en 1943 y ocupó cargos directivos en la organización blanquiazul. Fue uno de los cuatro primeros diputados federales panistas.

[64] Alonso Lujambio, "El dilema de Christlieb Ibarrola. Cuatro cartas a Gustavo Díaz Ordaz", en **Estudios** 38, otoño de 1994, ITAM.
[65] Alfonso Guillén Vicente, *De religión y política en el siglo XX mexicano,* Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Gobierno del Estado de Baja California Sur, 2018, p. 78.
[66] *Ibid.*, 79.

Para los comicios presidenciales de 1952 el candidato presidencial de los panistas es el licenciado Efraín González Luna. Obtiene el 7,7 por ciento de los sufragios. En esas elecciones, la organización supera el ocho por ciento en cuanto a los diputados federales. Para 1955, el partido supera el nueve por ciento en las intermedias y se convierte en la real oposición priista.[67]

Alfonso Ituarte Servín ocupa la presidencia nacional del PAN de 1956 a 1958. Un industrial que incursionó en diversas ramas, traía un bagaje impresionante en su militancia católica. Miembro de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa en la época cristera, estuvo en la Acción Católica de la Juventud Mexicana y fue dirigente de organizaciones antes de ser electo dirigente nacional blanquiazul.

En esta etapa, el partido participa en las elecciones presidenciales de 1958 con Luis H. Álvarez. En los comicios para diputados, Acción Nacional lanza 139 candidatos y se le reconocen únicamente seis triunfos. En protesta por el fraude electoral decide retirarse de la Cámara, pero algunos diputados desobedecen y son expulsados del partido. Pese a lograr el diez por ciento de los votos, los blanquiazules vuelven a debatir sobre el sentido de la participación electoral en un sistema evidentemente antidemocrático.

Le siguió en la dirigencia blanquiazul José González Torres, otro católico condecorado por la jerarquía católica de Roma. En las

[67] *Idem.*

elecciones intermedias de 1961, los panistas bajan su participación en los comicios con solo 95 candidatos. Ganan cinco curules pero desciende su porcentaje de votación al 7.5 por ciento, probablemente por el desencanto en su electorado por lo desequilibrado de la contienda.[68]

Algunos panistas destacados no estuvieron de acuerdo con la línea que estaba siguiendo la organización. Era difícil distinguir la diferencia entre Acción Nacional y el amplio espectro de organismos de filiación católica.

[68] *Guillén Vicente, op.cit., p.80.*

11. EL PAN Y SUS ENCRUCIJADAS.

SEGUNDA PARTE

Alfonso Guillén Vicente (UABCS)[69]

En paralelo, en esa época, Acción Nacional vivió, en 1958 y 1959, lo que Vicente Fuentes Díaz llamó, en su libro *Los partidos políticos en México*, una "irrupción rebelde, encabezada por… Hugo Gutiérrez Vega y Manuel Rodríguez Lapuente. Su objetivo era el transformar (al blanquiazul) en un partido demócrata cristiano semejante a los de su tipo en Europa y América del Sur. En cierto momento pareció que el PAN se enfilaba a ese objetivo" (p.306).

Además, se abre otra disyuntiva para el partido: el tipo de catolicismo que se pensaba favorecer. Según Lujambio[70], estos últimos dirigentes "habían significado un acercamiento… a (ciertos) grupos políticos de militancia católica". El propio Gómez Morín "no veía con simpatía la afinidad de esos líderes con personas y grupos con posturas sobre la libertad religiosas muy apartadas de las suyas".

Surgía así el liderazgo emergente de Adolfo Christlieb Ibarrola, "un católico con ideas más cercanas al liberalismo de Gómez Morín, (quien) criticaba la dificultad de Ituarte Servín y sobre todo de González Torres para distinguir entre la actividad política y la religiosa". Christlieb

[69] A las y los panistas de los setentas, aquellas y aquellos que lucharon en buena lid.
[70] Alonso Lujambio, *op.cit.*, p. 57.

utilizaba argumentos…para criticar a quienes veían en la actividad política un medio para conseguir la salvación del alma."[71]

El mismo Christlieb estuvo inmerso en la encrucijada de la participación electoral o no, planteada desde los inicios del partido. A fines de 1951, Adolfo Christlieb Ibarrola escribía que "mientras no se modifiquen los sistemas electorales a fondo, con limpieza, la oposición debe abstenerse de jugar a las elecciones".[72]

Pero luego hay un cambio radical. Alonso Lujambio destaca que una década después, en noviembre de 1962, "cuando llega a la presidencia del Comité Ejecutivo Nacional de Acción Nacional, instrumentará la más agresiva etapa de participación electoral desde la fundación del partido" A propósito, este autor recuerda que en octubre de 1960, Christlieb es designado por la dirigencia del blanquiazul como Comisionado de este instituto político ante la Comisión Federal Electoral, entonces presidida por Díaz Ordaz como Secretario de Gobernación , para las elecciones intermedias de 1961. Esta experiencia "resultará determinante para el cambio radical de posición que Christlieb imprimirá respecto a la participación electoral de Acción Nacional."[73]

Una de las contribuciones más importantes de don Adolfo Christlieb a la democracia mexicana es la inspiración de la reforma electoral de diciembre de 1963, bajo la presidencia de Adolfo López Mateos. Es la

[71] *Idem.*
[72] Alonso Lujambio en **Estudios** 38, otoño de 1994, ITAM, p.53.
[73] *Ibidem,* p.58.

implantación de los llamados *diputados de partido*, contemplados en el artículo 54 constitucional.

En su última sesión como consejero de la Comisión Federal Electoral, el ideólogo panista señala que "es indispensable que se realice una reforma electoral que permita la justa representación en el gobierno de las distintas corrientes políticas nacionales". Y apunta que "una de las formas más eficaces para fomentar el sentimiento real de convivencia consistiría en la ruptura sincera del monopolio político".[74]

En las elecciones de diputados federales, Acción Nacional presenta 174 candidatos y alcanza dos curules de mayoría relativa. De conformidad con la fórmula para asignar diputaciones de partido, el organismo político blanquiazul logra 18 asientos en la Cámara, pues 20 era el número máximo que podía lograr un partido de oposición, según la ley reglamentaria. Había alcanzado el 11.5 por ciento de la votación.[75]

En las elecciones intermedias de 1967, el partido participa en todos los distritos electorales y en todas las entidades federativas con 176 candidatos. Obtiene 12.29 por ciento de los votos y, luego de ganar una curul de mayoría, suma 19 *diputados de partido*.

Ignacio Limón Maurer sustituye a Christlieb Ibarrola como presidente interino de Acción Nacional y ocupa el cargo de septiembre de 1968 a febrero de 1969.

[74] Citado por Lujambio, *op.cit.*, p.59.
[75] Guillén Vicente, Op. *Cit.,* p. 80.

En la XX Convención Nacional, en donde entrega la presidencia panista el arquitecto Limón, se aprueba un importante documento elaborado por el abogado Efraín González Morfín denominado “Cambio Democrático de Estructuras”. Frente a la inconformidad manifestada en el Movimiento Estudiantil de 1968, el PAN formula las siguientes consideraciones: “En Acción Nacional tenemos conciencia de que para encauzar positivamente los sentimientos de inconformidad que en México se exteriorizan cada día con mayor vehemencia, frente al escandaloso desequilibrio político y a la ostentosa y desigual distribución de los bienes, son necesarias medidas revolucionarias para que se operen o se transformen las estructuras políticas, económicas y sociales del país…”[76]

En **Cambio Democrático de Estructuras,** Acción Nacional coloca una tercera vía entre el capitalismo y el socialismo, el *solidarismo*, que el partido entiende como “participación responsable de la persona en la convivencia, y organización de la autoridad y las instituciones para promover y garantizar el orden, el progreso y la paz, a la persona, la familia y los grupos sociales”. Considera que “el destino universal de los bienes exige estructuras que difundan la propiedad privada entre el mayor número de personas y familias concretas”.[77]

En la campaña presidencial de 1970 se presenta como candidato panista Efraín González Morfín, frente a Luis Echeverría. Obtuvo casi dos millones de sufragios, el 13,58 por ciento de los votos.

[76] *Ibidem,* p.81.
[77] *Ibid.,* p. 82.

Entra José Ángel Conchello a la dirección del partido en 1972, con una línea muy diferente, y hasta opuesta, a la de González Morfín. Conchello y su grupo representan, en nuestra opinión, el punto de vista empresarial regiomontano en abierta pugna con el gobierno echeverrista. Ellos propugnan una participación electoral muy activa, mientras que González Morfín se va a decantar por una lucha por difundir la doctrina de Acción Nacional, esa que había derivado en el **Cambio Democrático de Estructuras**.

La lucha por el control del partido se manifiesta entre los "participacionistas", los "prácticos" de Conchello, y aquellos que querían, como Efraín González Luna, el gran ideólogo de esa organización política, "estar libres de cálculo y de compromiso"; "divorciados del éxito". Para el ideólogo y dirigente panista, Carlos Castillo Peraza, "los años setenta, terribles, (con) conflictos internos por una discusión: si no se podía ganar nunca por la buena, para que seguir".[78]

En 1975, previo a su salida de la presidencia del PAN y de la votación interna que iba a ocasionar que el partido se abstuviera de participar en las elecciones presidenciales de 1976, Efraín González Morfín, en un informe presentado ante el Consejo Nacional del blanquiazul, planteó que en ese momento existían dos partidos dentro de la organización.
"Debo denunciar y reprobar ante ustedes -señaló González Morfín- la creación y mantenimiento, incluso mantenimiento financiero, de otro

[78] Carlos Castillo Peraza, en **El PAN, ayer y hoy,** ya citado, p..20.

Partido Acción Nacional, con ideología, organización, jerarquía, lealtades y comunicaciones al margen y en contra del Partido Acción Nacional legítimo".[79]

Esta crisis ha sido vista desde puntos de vista opuestos. Según Soledad Loaeza, "Conchello se propuso poner fin a los años de desierto del partido, buscando nuevas tácticas electorales, nuevos aliados y un mensaje más efectista que se tradujo en un movimiento hacia la derecha, con respecto al gobierno de Luis Echeverría y también con respecto al socialismo cristiano (así lo llama ella), cuya semilla había plantado Christlieb y que germinaba gracias a los cuidados de Efraín González Morfín, quien se había convertido en el responsable fundamental de la evolución doctrinaria del partido"[80]

Loaeza, en ese texto, afirma que "González Morfín también quiso empujar al PAN hacia posiciones radicales en temas como la propiedad, el régimen fiscal y la economía mixta". Y termina de tomar partido por Conchello cuando sostiene que la Plataforma Política y Social de 1976 a 1982, a cargo del equipo de González Morfín, "estaba más alejada de sus orígenes remotos que muchos de los planteamientos conchellistas".[81]

[79] Guillén Vicente, *Op.. Cit.,*p. 87.
[80] Soledad Loaeza, "El Partido Acción Nacional: de la oposición leal a la impaciencia electoral", en **La vida política mexicana en la crisis,** Compiladores: Soledad Loaeza y Rafael Segovia. El Colegio de México, 1987, p.86.
[81] *Ibid.*, p.88.

Después de la renuncia de González Morfín a la dirección panista, Conchello recuperó el control del partido y para 1982 logró postular al ingeniero Pablo Emilio Madero, un ejecutivo regiomontano, para la candidatura presidencial. Más adelante se opuso a las dirigencias panistas de Luis H. Álvarez y de Carlos Castillo Peraza cuando triunfó la línea de colaboración con los gobiernos federales priístas, - la otra disyuntiva panista: ser colaboracionista o mantener una oposición real-. La huella de Conchello parece seguir en las dirigencias panistas casi cincuenta años después. Un partido más pragmático y menos doctrinario. Más desdibujado y menos definido.

En 1992 se volvió a presentar otra crisis interna cuando un grupo destacado de panistas, entre los que se encontraban los expresidentes nacionales Pablo Emilio Madero y José González Torres, - quienes habían formado el *Foro Democrático y Doctrinario*- dejaron la organización cuando la dirigencia nacional propuso una alianza para apoyar propuestas del presidente Carlos Salinas de Gortari.

La entrada del abogado Lozano Gracia a la Procuraduría General de la República, panista a finales de 1994, propuesto por Diego Fernández de Cevallos al presidente Ernesto Zedillo Ponce de León, cierra la política de alianzas del PRI con el PAN, muy parecido a un gobierno de coalición, y prepara la llegada del partido blanquiazul a la presidencia de la República en el año 2000.

En su trabajo titulado “Introducción al Partido Acción Nacional”[82], uno de sus dirigentes legendarios, Carlos Castillo Peraza, censuraba a los viejos panistas que no dejaban paso a las nuevas generaciones. Les sugería que no eran dueños del partido. Decía que ese tránsito era una de las características que hacían de Acción Nacional un partido democrático. El problema es que en ese proceso de renovación de las élites dirigentes arribaron muchos oportunistas, sobre todo cuando el PAN se volvió gobierno en la nación y en varias entidades federativas. Los intereses personales y el “hueso” se volvieron prioridades y dejaron a un lado aquellos Principios de Doctrina que hicieron de ese partido una esperanza para la democracia mexicana. Varios políticos “chapulines” arribaron a la organización blanquiazul y algunos dirigentes pelean más por sus cuotas de poder o por los “moches”.

[82] En **El PAN; ayer y hoy”**, compilador Jesús Garulo García, Partido Acción Nacional CDMX, 2020.

De religión y política en el siglo xx mexicano
Versión actualizada, febrero 2025, formato digital
Instituto Sudcaliforniano de Cultura de Baja California Sur
Archivo Histórico del Estado, “Pablo L. Martínez”
Altamirano entre Encinas y Legaspi, Col. Centro, C.P. 23000
La Paz Baja California Sur, México